

# Diálogo y democracia

Luis Jaime Cisneros Vizquerra  
Academia Peruana de la Lengua.

**E**n uno de sus textos ejemplares, el jesuita Gracián destacaba cuatro modos que aseguraban al hombre la sabiduría: "o por auer vivido muchos años, o por auer caminado muchas tierras, o por auer leído muchos y buenos libros, que es, más fácil, o por auer conversado con amigos sabios y discretos, que es más gustoso" (Criticón, III, crisis vii).

Las cuatro maneras aprovechan: o contacto con las ideas, o contacto con los hombres. Si leo, el libro me enriquece. Si viajo, los hombres con que tropiezo enriquecen. Si converso, el intercambio con "el otro" me enriquece: el hablar es efecto de la racionalidad, y por eso los que no discurren no conversan. Por eso en el pasaje antes recordado apuntaba Gracián:

"De suerte que es a noble conversación hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contenido y ocupación de personas" (loc. cit.).

Signo de racionalidad y de modos civilizados, la conversación me permite exponer mis razones y escuchar las ajenas para así lograr la comprensión entre mi interlocutor y yo. Al fin y al cabo, el hombre es *homo loquens*. Si "el otro" no existiera, en verdad viviríamos incomunicados, ausentes, en la perplejidad y el desasosiego. Mi aptitud para hablar exige la presencia de un receptor para justificarse, para justificarme. Si no, mi hablar no se justifica, no soy eficiente. Hablo; luego soy. En el *cogito* cartesiano está ciertamente supuesto el hablar.

Los latinos nos enseñaron a privilegiar la retórica para comunicarnos con un auditorio masivo y a esmerarnos en el diálogo para hablar con "el otro" (Quintiliano, Inst. I, Lib.2, 29). "El otro" es un ser concreto, presente en sus aceptaciones y rechazos, en sus vacilaciones y prejuicios. Con "el otro", que es nuestro par, émulo nuestro en inspiraciones y oportunidades, no vale la retórica sino el diálogo. Mi deseo (mi deber) de comprender a los otros no está en verdad subordinado al deseo que ellos tengan de ser comprendidos, aun en el caso absurdo de que ellos manifestaran su deseo de no ser comprendidos. Necesito saber si están de acuerdo o no conmigo. Estamos hechos para la comunicación: el hombre es un ser dialogante. El diálogo es el arma y el puente que debemos tender para hacer viable la comunicación. El discurso del retórico es una tela continua de cuya trama sólo es responsable el orador. La trama del diálogo la compartimos emisor y receptor: esa tela contiene nuestras preocupaciones, asume nuestras instancias expresivas y resulta del amasijo de un mutuo trabajo en que mezclamos y pulsamos coincidencias y discrepancias, ilusiones y certezas, en aras de una comprensión y un acuerdo consensual que servirá para probar -como pensaba Sócrates- que hemos por fin alcanzado la verdad (Platón, Gorgias, 487 d/e). Se obtiene así la adhesión a una verdad cuya evidencia surge de haber confrontado seriamente distintos (y a veces contradictorios) puntos de vista. Es la ventaja de toda discusión que busca alcanzar acuerdos. No hay

persuasión sin esta estructura dialógica. Por algo Platón lo consideraba ideal porque si, por un lado, el diálogo conduce a la adhesión del interlocutor, por el otro lado le deja no sólo la evidencia de una verdad sino el efecto, espontáneo y libre, de una singular confrontación entre su propio razonamiento y el ajeno (en este caso, el mío). La vieja retórica griega nos alerta: sólo los adversarios de la verdad rechazan el diálogo. Pero Gorgias recurriría espontáneamente a él cuando se trataba de explicar la verdad o de convocar al análisis de la misma.

\* \*

Con estos presupuestos, indispensables para un filólogo, quiero meditar sobre el diálogo en el contexto democrático. Crear una democracia y afirmarla en sus más saludables instancias, que son las de una libre voluntad general de las conciencias, es una hermosa posibilidad del lenguaje cuando opone a la violencia suicida el camino sosegado y maduro de la persuasión y de la convicción. Arma hermosa porque se dirige a la inteligencia y se acoge a los recursos espirituales del hombre, a esa esfera en que tocamos las raíces mismas de la dignidad humana. Y no es por azar que asocio en el contexto de *Ius et Veritas* violencia y persuasión: uno y otro término constituyen, después de todo, las dos caras de una misma moneda. La violencia dice buscar el camino por medio de la acción irracional. Y es verdad que el cambio es urgente. La argumentación (que es el instrumento al que recurrimos los universitarios) quiere también -y con mejores razones- modificar el estado de nuestra cruda realidad.

Si miramos detenidamente en torno, será fácil ordenar recuerdos y admitir que todo intento de discusión significó siempre (desde nuestra época colegial) un signo de protesta y rebeldía. Todo el que anuncia su discrepancia con una tesis o con un estado de cosas es un virtual agresor, así como todo el que manifiesta su adhesión se convierte en protector de nuestros defectos, ideas o virtudes.

Es curioso: nuestra sociedad cultiva el fetichismo de la palabra; confía en la palabra como conservadora celosa del patrimonio. Nuestras mejores celebraciones cívicas consagran y prolongan este prestigio del lenguaje: fechas y aniversarios piden siempre discursos halagadores y entusiastas. Si alguien, en tales ocasiones, arriesga un severo análisis de la realidad, un llamado a las conciencias, la audiencia siente que todo el armazón sentimental y patriótico se le conmueve y resquebraja, y condena sin más a este lenguaje nuestro por intruso y disociador.

Pero es en la esfera de los derechos del hombre donde quiero situar mi reflexión sobre el diálogo. Es verdad que puede el hombre imponer sus ideas por la fuerza: asola, mata, destruye, y el terror se encarga de ser el motor único de una convicción superficial y efímera que no tiene otra raíz que el miedo y que -desasistida de razonamiento- liquida la más hermosa de la calidad humana. Por eso debemos colocar tales operaciones dentro del área de lo inhumano. Invocar los derechos del hombre desde esta oscura ladera resulta, como es obvio, sarcasmo y anatema. En cambio, podemos intentar la adhesión de los espíritus, la reflexión que pueda conducir a ella, la concurrencia de la persona. Lo lograremos si nos dirigimos a su voluntad y a su capacidad de razonar libremente y de actuar según sus legítimas y propias convicciones. Tarea larga, por cierto; difícil a veces (no se hace sin trabajo y sin pausa): como no es el miedo el motor de las decisiones, sino un inteligente discurso racional, el individuo se siente centro animador de una compleja operación de confrontación y análisis, y descubre

así cómo pueden conciliarse voluntad e intereses de una persona y confundirse con los intereses y la voluntad de la comunidad. Es decir, en la medida en que la violencia impone restricciones a la masa interpelada, cercenando su libertad de discurso, el diálogo coloca sus objetivos de persuasión o de argumentación en centro de la libertad espiritual, para que la decisión del individuo -al ser fruto libre del ejercicio inteligente de la voluntad y de la razón- resulte duradera, franca, espontánea y unánimemente contagiosa. Además, una decisión de esta naturaleza convierte a los adheridos en colaboradores y críticos de la tarea común para cuya ejecución los hemos convocado.

---

*“... el recurso al lenguaje reflexivo del diálogo nos ofrece la certeza de crear y fortalecer una comunidad de hombres libres...”*

---

El recurso a la violencia para imponer las ideas solamente puede depauperarnos una sociedad sumisa, privada de originalidad y de esfuerzo creador, repetidora, desabrida y homogénea en las respuestas. En cambio, el recurso al lenguaje reflexivo del diálogo nos ofrece la certeza de crear y fortalecer una comunidad de hombres libres, en quienes el ejercicio frecuente de la opinión y de la crítica, con las derivaciones y modificaciones a que ello convida, garantiza el rechazo rotundo de la violencia, del autoritarismo y la dictadura.

La violencia -claro está- supone que no hay discrepancia posible. El recurrir al diálogo nace de la arraigada convicción de que las opiniones de todo interlocutor son válidas sólo por ser el

fruto de la expresión intelectual libre y voluntaria de un individuo.

En la raíz misma de todo proceso dialógico está, así, garantizada la libertad, puesto que supone que todo cuanto admitimos por cierto y válido lo será -a los ojos de la verdad, de la razón y de la justicia- mientras sea razonable, justo y valedero, en tanto que dejará de serlo cuando, gracias al constante ejercicio de la razón y de la crítica, deje de serlo tan rotunda y claramente como lo era en el momento en que lo aceptamos. Por eso una sociedad que hace del diálogo un ejercicio constante tiene garantía de progreso y porvenir.

¿Para qué se dialoga? Para argumentar, persuadir y convencer. Fecunda tarea que sólo el hombre (y no la máquina) puede realizar. La persuasión traza puentes y caminos hacia la gran plaza del consenso. La persuasión se dirige al hombre; lo convoca y lo atrae. No lo empuja, no lo avienta ni lo confunde bajo presión con el montón, sino que lo incorpora e individualiza porque espera que el hombre -desde su propia y auténtica mismidad- emerja del anonimato gregario, asuma su propia identidad y muestre el claro perfil de sus decisiones personales para garantía y pervivencia de la vida democrática. Por eso el diálogo afianza la democracia. Frente al elogio de la locura y la destrucción postulado por grupos suicidas y asesinos, los hombres reflexivos de toda edad y todo quehacer debemos preferir el marco y el lenguaje de la cordura y la serenidad que permite enlazar la peruanidad de la tradición y la historia con lo positivo y vivificador de la originalidad que alienan las nuevas generaciones. A este proyecto de vida en común está convocado el lenguaje de los universitarios que buscan la justicia y la verdad. Nosotros, hombres reflexivos, no podemos resignarnos a ser testigos de las nuevas generaciones, sino que debemos aceptar ser compañeros y soldados de su esperanza y de su voluntad democrática. Por ese camino, y con ese empeño, conseguiremos enrumbar al Perú por los caminos del diálogo, única arma con que la democracia abre surcos fecundos para la justicia, la paz y la verdad. ■